

Hace algo de frío aquí arriba

Daniel Sepúlveda

Hace algo de frío aquí arriba, siento el viento, lo escucho tan atentamente como se escucha a un amante. No encuentro nada, ningún mensaje, ninguna expresión; pero, permanezco aquí, solo con el anhelo de que en algún momento a través de estos torrentes de tormentoso viento encuentre su voz por lo menos en alguna alucinación o en un juego tergiversado de la realidad, pues ya no tengo idea de lo que realmente pasa a mi alrededor. Hace algo de frío aquí, no tan frío como esos ojos, esos labios, esas manos. Esos últimos instantes en los que su cuerpo se convertía solo en un títere sin expresión, pues lo único que quedaba eran las memorias que teníamos de él. En ese momento se había convertido en un extraño, con un rostro y cuerpo similar a lo que recordamos de él. Una copia ausente, los restos de lo que fue.

Las tejas aquí arriba son mi único consuelo, aún conservan las manchas que dejó. Aún forman su figura, como si de alguna manera siguiera aquí, atrapado conmigo. Él se ha ido, debí ser yo, el mayor. No estaba en casa, se lo llevaron a él.

Siempre fue tan veloz, tan rápido. Quizá demasiado pues partió antes de que pudiera notarlo. Siempre encerrado en su cuarto, haciendo sus deberes, ¡como desearía haber cumplido el mío!

La escuelita del pueblo era su lugar favorito, y aunque siempre permanecía sonriente la suya era la más brillante entre todas las demás. Ahora a través de los arcoíris pintados en aquellas paredes solo veo grises. Ahora las sonrisas son solo ruidos vacíos, vacíos como ahora su pupitre y otros más que pronto lo estarán también.

Las disculpas no hacen ningún cambio, solo siento más remordimiento, más dolor. Él solo quería un cumpleaños feliz, en paz. Mamá había preparado su plato favorito. Yo traía su regalo.

Al parecer la vida no quiso que así fuera. Tal vez este es mi regalo, mi recompensa. Debí estar ahí, pero ahora él no está. No regresará.

Aún con dolor veo sus fotos, sus videos. ¡Cómo me alegran!, porque, aunque sean de su martirio y de su tortura es lo único que puedo conservar, pues todo periódicamente se ha ido perdiendo, como mi fe, mi esperanza.

Por lo menos no fue un ataúd vacío, tenía algunos restos.

Ahora solo quedan restos de mí también. Él se ha ido, y yo con él también.

Seguí recorriendo la vereda con su vieja bicicleta, pues la nueva nunca pude entregársela. Ahora todo está bien. Años tarde ya todo está bien. Las disculpas de los agresores han sanado completamente esta herida que por años permaneció abierta. La firma de un vil documento ha restaurado mi paz. Ahora sin más tristeza puedo partir contento. Te veré pronto hermanito, te veré pronto.

¡Qué frío hace aquí arriba!, veo toda la vereda, desearía que la vieras tú también una última vez.

//Salta//